

intento de conciliar los contenidos del neoconservantismo y el neoliberalismo actual, la agonía espiritual del socialismo sobre el planeta, el diagnóstico preciso de la llamada "crisis de la modernidad", los fundamentos morales del orden democrático, la vigencia perenne de la doctrina social de la Iglesia, la crítica del principio de inmanencia en la filosofía moderna, las deformaciones contemporáneas de la categoría moral de "libertad", el rumbo paradójico de las teologías de la liberación, el proceso de secularización en Europa y sobre todo en Francia, la crisis de la creatividad artística y de las humanidades clásicas, y en fin, usando una expresión buscadamente genérica, el "estado de la cuestión" en Europa, en Estados Unidos, en América Latina: el pulso de nuestra situación histórica presente.

Un hecho ilustrativo de la finura de estos análisis es la frecuencia con que los entrevistados rechazan, como del todo errónea, ciertas ideas que casi todo el mundo tiene hoy como indudables; en otros términos, la fuerza iconoclasta con que estos personajes, bien aguijoneados por Jaime Antúnez, las emprenden con las convenciones y los lugares comunes más sólidamente establecidos en el hombre de la calle o, mejor dicho, en el hombre de la masa, en el analfabeto ilustrado de nuestros días.

Puesto a señalar preferencias y desilusiones de esta relectura, diré que me han impresionado por su lucidez el italiano Augusto del Noce, el psiquiatra vienés Viktor Frankl y el bien conocido Cardenal Ratzinger. En cambio, no me han parecido a la altura de sí mismos Cornelio Fabro, Gonzalo Fernández de la Mora y Josef Pieper. A medio camino entre unos y otros creo que queda André Frossard, a ratos brillante, pero perjudicado por las 50 páginas que cubren sus tres entrevistas.

Al margen de juicios particulares quiero decir, por último, que en términos de cultura general contemporánea las casi 600 páginas de esta recopilación equivalen, por su actualidad, sutileza y don de síntesis, a una verdadera biblioteca escogida del saber contemporáneo en el campo de las humanidades, y constituyen, por eso mismo, un libro quizás único en su género.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At458-17EDIV10017>

ELOGIO DE LA MADRASTRA

De Mario Vargas Llosa

Ya las primeras novelas de Mario Vargas Llosa —*La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en la Catedral*— contenían, sin desmedro de su calidad literaria, una dosis significativa de suciedad en materias de sexo. Su última obra, *Elogio de la madrastra*, alcanza al respecto una medida que bien merece el título —molesto pero inevitable— de pornografía. Esta vez no se trata de dosis, sino de la totalidad de la trama, el tratamiento y la atmósfera de la novela.

No me pronuncio sobre su validez literaria: por esta vez enfrento directamente el problema ético que plantea una lectura de tal densidad libidinosa. No tengo el menor

interés en acometer un análisis literario de semejante obra. Quiero afirmar simplemente que no todos los lectores potenciales de Vargas Llosa son compadritos y comadritas que celebren entre chirigotas y guiños cómplices su espesa turbiedad. Específicamente, un número considerable de esos lectores posibles son, sobre todo en América Latina, cristianos con el suficiente estómago para rechazar con disgusto esa degradación de la sexualidad humana, por más que ella sea perpetrada con talento narrativo.

Se podría alegar, por supuesto, que *Elogio de la madrastra* constituye una interesante exploración erótica, y no una mera novelilla pornográfica. Pero de esas explicaciones —tal como nos las ofrece, por ejemplo, un D.H. Lawrence: un caso arquetípico— el rasgo dominante reside en que el sexo es mucho más que sexo: se trasciende a sí mismo hacia un valor más alto, desarrollándose en el lenguaje narrativo toda una antropología inmanente, e incluso una especie de ontología de la sexualidad humana.

El erotismo de esta novela de Vargas Llosa, por el contrario, es un refocilarse en el sexo mismo, en sus variadas perversiones, en sus rebuscamientos más sutiles, sin otro horizonte que el hedonismo primario llevado a su fase de glorificación artística. Nada hay en este sexo que no sea sexo, placer autónomo y supremo desligado de toda norma y responsabilidad humana: la sexualidad como ley para sí misma, a la altura de un chato naturalismo que recurre a toda clase de artilugios contra naturaleza al servicio de una finalidad reductiva y por eso mismo insignificante: el aumento del placer en sí sin trabas de ninguna especie.

En el tratamiento de la sexualidad hay siempre una filosofía en juego, por más que ésta sea puramente implícita: no hay abordaje neutral de esta materia, ligada como está a los más altos valores del amor y de la vida. La filosofía tácita —y a ratos bastante expresa— del tratamiento actual de Vargas Llosa puede formularse en estas palabras suyas, que condenan toda conciencia moral como *sucia* ante la limpieza elemental del placer en sí: “El pecado, la perdición, la lujuria y demás truculentos sinónimos municipales de lo que expresa esta limpia palabra: el placer”.

Se trata, pues, de una filosofía inversa, que postula una inocencia primordial para el orgasmo en todas sus formas imaginables, relegando al orden de los prejuicios gregarios de la especie todo intento de norma moral o de conducción superior de la sexualidad hacia el amor y la procreación. No es Vargas Llosa el primero en intentar esta abstracción paradisiaca, esta nostalgia del animal puro sin pecado original. *Omnia munda mundis*, dice el ambiguo aforismo: todo es puro para los puros. Según este planteamiento, la inocencia moral estaría de parte de Vargas Llosa cuando se solaza en el placer puro e incontaminado. En cambio, toda sugerencia de pecado o perversión estaría sólo en la maligna conciencia moral del lector, que ensucia lo elemental de la carne con sus perversas censuras, tabúes y demás legalidades sórdidas: las “truculencias” de la moral y de la religión.

Es demasiado obvio que asistimos aquí al espectáculo del ladrón detrás del juez. La norma moral, que pide al sexo ser animado y engrandecido por el amor interpersonal y por todas sus responsabilidades adjuntas, no es en modo alguno una perversidad o truculencia de la especie: es la norma interna del sexo, es el sexo mismo en su integridad humana. Lo que falta en este libro es, podríamos decir, *más sexo*: es toda una dimensión

del sexo que brilla por su ausencia; es lo propiamente humano de la sexualidad, que no consiste en la racionalidad sibarítica del mayor placer posible, sino en la responsabilidad superior del sexo como un lenguaje del amor conyugal y un principio de la nueva vida. El sexo no puede ser, como es aquí, una totalidad sensorial cerrada sobre sí misma.

A la inversa, la suciedad y la perversión sexual no son nunca una inocencia del estado de naturaleza pura —estado inexistente e inocencia ya imposible—, sino que son naturaleza caída y sofocada por los impulsos primordiales, por el cerco del placer todopoderoso. Esas nostalgias de *bon sauvage* en materia sexual son imposibles: ya no somos la bestia pura. Cabe recordar aquello de Max Scheler: el hombre no se comporta nunca como un animal: cuando no es más, mucho más que un animal, por eso mismo es menos que animal, es infrabestial. Por lo demás, en esta misma novela hay algún atisbo de ello: aquí no reina una sana bestialidad primordial, sino una complicadísima red de refinamientos artificiosos —muchos de ellos, insisto, contra natura— para extraer del cuerpo a cualquier precio moral un máximo de placer. Estamos en un estado de naturaleza degradada y disminuida por la lujuria. *La chair est triste...*

La inversión de papeles que protagonizan en esta novela la conciencia moral y la concupiscencia sexual se encarna perfectamente en el personaje medular, el niño de doce años, dorado querubín inocente, que hace el amor con su madrastra de cuarenta como un diestro y precoz libertino, sin perder para nada su cándida naturaleza infantil a lo largo de su itinerario erótico. Este angélico hedonista es un personaje imposible, profundamente artificial, con un artificio adulto y envilecido, y su imposibilidad es el emblema de aquella imposible inversión de valores que decíamos antes. Y cuando, hacia el final del libro, se intenta representar su contradictoria inocencia en el símbolo del arcángel San Gabriel cuando se aparece a la Virgen María para anunciarle el misterio de la Encarnación, sólo se consigue esta segunda imposible empresa al precio de convertir a María en una moza bobalicona ante la presencia de un ángel sospechosamente humano y masculino.

Si Vargas Llosa cree que la conciencia cristiana está dispuesta a soportarle esta bofetada en nombre del arte narrativo, se equivoca. Aquí, más que en ningún otro capítulo del libro, y por mucho que se haya cuidado de adelgazar las sugerencias sexuales hasta un grado mínimo y puramente implícito, ha practicado una agresión que el sentir cristiano rechaza como inaceptable. Tal vez alguien pida sentido del humor para estas payasadas literarias, pero es completamente estúpido pretender que el humor se extienda a todo cuanto existe en el cielo y en la tierra. ¡No son las gentes de color ni los musulmanes ni los judíos los únicos intocables del planeta!

Vargas Llosa es uno de esos contados escritores que, además de escribir bien, son intelectuales en un sentido pleno: como intelectual, tiene planteamientos muy completos sobre materias históricas y sociales de la mayor envergadura, además de una actuación pública considerable. Tanto más comprometido está, pues, por una obligación ética hacia sus muchos lectores. *Elogio de la madrastra* es, en ese orden de cosas, una caída en su trayectoria. Me pregunto en qué sentido puede llamarse a esta obra "audaz", como lo hace la contratapa del libro, cuando hoy la audacia consiste en exactamente lo contrario: en salir por los fueros de la pureza y castidad a contracorriente de la fácil

pornografía. Ceder a la presión ambiental —¿a la demanda del libre mercado?— parece más bien convencionalismo que no coraje de ninguna especie.

Si se trataba de abarcar la dimensión sexual del ser humano, se lo debió hacer con responsabilidad moral —con fidelidad a las leyes profundas del *eros* y no con esa simple mentalidad juguetona de quien se imagina derribar prejuicios gregarios o burgueses en nombre de una supuesta emancipación, cuando en el fondo está erosionando los fundamentos mismos de la sexualidad, en la dirección de una desilusionante frivolidad intelectual. Cabía esperar más de Mario Vargas Llosa, que por esta vez se ha mostrado sólo como un hábil pornógrafo de ocasión.

IGNACIO VALENTE

ULTRAOHTUMBA

De *Carlos Morand*

Ediciones Logos, Santiago, 1988. 330 pp.

Carlos Morand se aparta del trayecto típico del narrador chileno que, habiendo conseguido un éxito señalado en su segundo o tercer libro, se dedica a dormir en sus laureles. Por el contrario, el autor de *UltraOhtumba* —su séptima novela— ha hecho del cultivo de su talento una “larga paciencia”; sin haber marcado nunca una altura espectacular, que quizá él mismo ya no espera, ha acumulado sin tregua, de libro en libro, una lenta y creciente habilidad narrativa. Por otra parte, yo siempre he celebrado en él la buena administración de sus recursos: el proponerse sólo las empresas narrativas que están dentro de sus capacidades. Por decirlo con las categorías de Max Scheler, su experiencia del mundo abarca más los valores de la cultura que los valores vitales: más el ámbito académico del hombre de letras que la intemperie de la vida primordial. Así, este nuevo relato retoma el hilo de su cuarta novela, *Ohtumba*: la odisea del profesor chileno que enseña literatura en una universidad norteamericana de provincia —la que da su nombre al libro—, las vicisitudes docentes del académico, sus desventuras amorosas, su obsesiva investigación sobre la deserción de Rimbaud como poeta.

UltraOhtumba juega con el evidente arquetipo —ultratumba— a la vez que presenta al mismo protagonista, narrador en primera persona, ya de regreso en Santiago de Chile, pero esta vez casado con una norteamericana de Ohtumba, a la que sobreprotege en su embarazo, con la cual no se entiende bien, y cuya adaptación al nuevo país resulta problemática. De las viejas intrigas académicas en la universidad norteamericana, el profesor Marcelo Belmar ha pasado fatalmente a las nuevas intrigas en la universidad criolla, tejiendo unas trágicas variaciones sobre el tópico de la independencia del intelectual y el peligro siempre vigente de sus compromisos y componendas, en este caso más académicas que políticas. Los problemáticos devaneos eróticos del profesor se reanudan en la ambigua relación con una alumna en torno a la interpretación de *La Celestina*, materia de clase que excede lo pedagógico en dirección a lo prohibido. Más allá